

FUNDACION PARA LA NUEVA DEMOCRACIA

Diego Uribe Vargas - Héctor Charry Samper - Mario Laserna
Francisco Posada Díaz - Felipe Salazar Santos - Leopoldo Uprimny
Rodrigo Escobar Navia - Rafael Rivas - Carlos Galindo Pinilla
Manuel José Cárdenas - Jaime Castro

“Ensayos de Ciencia Política”

Primer Seminario de Profesores de Ciencia Política
Bogotá - Colombia

PRIMERA EDICIÓN, A OCTUBRE DE 1970

“Ensayos de Ciencia Política”

CONSEJO FEDERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
por el Dr. [Nombre] [Apellido]
CONSEJO FEDERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

PRIMERA EDICION: AGOSTO 1970

"Ensayos de Ciencia Política"

Derechos Reservados
por el Autor

IMPRESO Y HECHO EN COLOMBIA

FUNDACION PARA LA NUEVA DEMOCRACIA

**Diego Uribe Vargas - Héctor Charry Samper - Mario Laserna
Francisco Posada Díaz - Felipe Salazar Santos - Leopoldo Uprimny
Rodrigo Escobar Navia - Rafael Rivas - Carlos Galindo Pinilla
Manuel José Cárdenas - Jaime Castro**

“Ensayos de Ciencia Política”

**Primer Seminario de Profesores de Ciencia Política
Bogotá - Colombia**

INDICE

	Págs.
INTRODUCCION	
Diego Uribe Vargas	7
CAMPO DE LA CIENCIA POLITICA DENTRO DE LAS CIENCIAS SOCIALES	
Rodrigo Escobar Navia	15
ESENCIA Y VALOR DE LA CIENCIA POLITICA	
Leopoldo Uprimny	35
LA CIENCIA POLITICA Y LA ORGANIZACION DEL ESTADO	
Francisco Posada Díaz	49
LA CIENCIA POLITICA Y LA ADMINISTRACION PUBLICA	
Jaime Castro	59
OPINION PUBLICA, PARTIDOS POLITICOS Y CIENCIA POLITICA	
Mario Laserna Pinzón	71
LA CIENCIA POLITICA Y LA ACCION DE LOS PARTIDOS EN COLOMBIA	
Héctor Charry Samper	91
LA CIENCIA POLITICA Y LA INTEGRACION CONTINENTAL	
Felipe Salazar Santos	111
LA CIENCIA POLITICA Y EL PROCESO DE INTEGRACION CONTINENTAL	
Manuel José Cárdenas	123
MATERIAS PROPIAS DE LA ENSEÑANZA DE LA CIENCIA POLITICA	
Carlos Galindo Pinilla	149
METODO DE ENSEÑANZA DE LA CIENCIA POLITICA	
Rafael Rivas Posada	157

INTRODUCCION

El presente volumen recoge las ponencias que un destacado grupo de profesionales colombianos sometió a la discusión y análisis del Primer Seminario para Profesores de Ciencia Política convocado por la Fundación para la Nueva Democracia. La trascendencia de los puntos tratados en aquella reunión científica, y de manera particular la necesidad de fortalecer la conciencia pública sobre la investigación y la docencia en el área de las ciencias sociales, convierten los trabajos que este libro incorpora en punto obligado de consulta para quienes se ocupan tanto en Colombia como en América Latina de las nuevas orientaciones doctrinarias que señalan el ámbito y determinan el contorno de la politología.

Por haberme correspondido el honor de presidir las sesiones del Seminario, he creído conveniente recoger a manera de exordio, no sólo el propósito que inspiró a sus organizadores, sino algunos puntos de vista que con carácter personal tuve oportunidad de consignar en el discurso de inauguración.

En primer término, debo destacar la importancia de que la Fundación para la Nueva Democracia hubiese iniciado labores en Colombia ocupándose de la ciencia política. Esta Entidad colombiana, nacida gracias al concurso de la Fundación Friederich—Naumann de Alemania Federal, está orientada a contribuir al desarrollo del país, favoreciendo iniciativas que impulsen la investigación, y contribuyan al incremento de labores

académicas del más alto nivel. La sola formulación de los propósitos de la Entidad consignados en su Estatuto, descarta toda incidencia en la política partidaria apartándola del episodio electoral.

Fueron además entidades que contribuyeron a la organización del Seminario; la Asociación Colombiana de Ciencia Política, la Universidad de América y la Sociedad Económica de Amigos del País. Vale la pena subrayar el hecho de que la Asociación Colombiana de Ciencia Política al agrupar estudiosos en estas disciplinas, ha venido a llenar un vacío, ya que organizaciones similares en el exterior han desempeñado papel de importancia en las más recientes orientaciones tanto en el terreno de la docencia como en el de la doctrina.

La primera pregunta que suele formularse acerca de la ciencia política es la referente a su precisión conceptual y a la complejidad de las áreas que se pretende cobijar bajo su nombre. Sigue en importancia lo referente a la ubicación dentro del texto de las ciencias sociales, y finalmente, su verdadero papel dentro de la sociedad contemporánea.

En mi concepto uno de los objetivos primordiales que debe perseguir una discusión sobre la ciencia política en nuestro país, no podría centrarse en los aspectos restrictivos del concepto o en la multiplicidad de facetas que algunos pretenden incorporar con criterio más simplista que práctico. El estudio del poder dentro de la sociedad ofrece tan vastas perspectivas que especulativamente habría justificación para extenderlo hacia terrenos que aparentemente se consideran inmunes a la complejidad de su problemática. Desde un extremo opuesto encontramos la posición un tanto tradicional de quienes estiman la ciencia política como monopolio de las facultades de derecho y de quienes más recientemente la restringen a la sociología ó a la filosofía social. Uno y otro extremo son viciosos. Si es cierto que el estudio de la naturaleza, los fundamentos, el ejercicio y los efectos del poder dentro de la sociedad, abarcan territorios muy bastos, sería muy difícil

sistematizar disciplina tan ambiciosa, más si se tiene en cuenta que aunque su temática sea muy antigua aparece ante los ojos contemporáneos como ciencia nueva. Igual ocurre con la pretensión de que la ciencia política se limite a una sola de las disciplinas que la integran; ya se trate de las relaciones internacionales, la administración pública o la historia. Habría que buscar una síntesis que apartándose del mesianismo de determinados proselitistas concilie tal complejidad con método y dentro de una sistemática.

Pero el problema que debe inquietar a los sectores que se muestran escépticos en relación con la ciencia política no puede ser tanto la discusión sobre los tópicos que ella comprende, o acerca del papel a que está llamada a jugar dentro de la nueva formulación conceptual, sino el hecho de que ella debe orientarse en los países en proceso de desarrollo y especialmente en nuestro hemisferio, hacia temas concretos, para insuflarle a la libertad política un contenido popular que trascienda el gabinete de los expertos y constituya valor esencial de las estructuras que el cambio social prospecta.

Si es cierto que se vive una crisis de ideologías, que los revisionismos saltan a derecha e izquierda para rectificar el dogmatismo de unos y de otros, lo cierto es que la libertad política se halla sometida a su más dura prueba. No sólo el ilusionismo del desarrollo y de la planificación centralizada, sino la persistencia de algunos en pretender conservar intactas las fórmulas decimonónicas, constituyen simultáneamente; los adversarios de la libertad. La falsificación de ideologías al trasplantarse, la utopía de los soñadores, la ambición de los caudillos, han conspirado de consumo contra la fe popular acerca de las instituciones representativas y la democracia en su forma misma de ejercicio. Los viejos nombres de imperialismo y nacionalismo, capitalismo y colectivismo han dejado de ser las fronteras reales de los hombres de hoy.

El imperialismo se observa tanto dentro como fuera de la cortina de hierro. El capitalismo como el colectivismo constituyen dos nociones tan apartadas de las realidades

concretas que sólo la afición a una vieja jerga política permite invocarlas como resortes emocionales en ciertos momentos de lucha.

Lo cierto es que la libertad política para salvarse necesita adquirir dimensión nueva. No sería arriesgado afirmar que ella puede definirse como activa y dinámica participación del pueblo en el gobierno. Ya poco valen las libertades formales frente a poblaciones pasivas y marginadas de los centros de decisión. Es nula la referencia a las libertades del hombre cuando éstas no existen en la práctica a pesar de los textos elocuentes de las constituciones. Por ello la ciencia política tiene un papel específico en la hora actual. Si en su más amplio sentido ella debe entenderse como la disciplina que atañe al poder y a su ejercicio, antes que detenernos en la trayectoria de ciertas hipótesis en el curso de la historia, valdría la pena que se ocupara de preparar y extender los medios de participación individual en el gobierno y en los mecanismos rectores de la sociedad, como quiera que éstos se hacen todos los días más esquivos para el hombre anónimo.

Las transformaciones inevitables que la era de los ordenadores viene introduciendo en la estructura del Estado y en las relaciones de los ciudadanos con éste, marcan el declive dramático de la libertad en sus concepciones clásicas. Al abandonar el concepto estatal pasivo por la concentración de poderes centralizados, lo que débilmente puede subsistir es la vieja noción de libertad entendida como la capacidad de disentir y de oponerse a los gobernantes inclusive con el asentimiento de aquellos. Cada vez la posibilidad de influir sobre las masas disminuye en la medida en que la radio y la televisión constituyen monopolios al servicio de una sola facción. Los antiguos lugares de reunión pública han perdido significado frente a una población transistorizada. Los grandes intereses financieros se tornan cada día más recelosos de apoyar a órganos informativos de la oposición por miedo a las represalias fiscales. En muchas partes el sindicalismo se encuentra más preocupado en defender las prerrogativas de sus

dirigentes que las reivindicaciones de clase. Las formas de la protesta suelen confundirse con el nihilismo, cuando el aparato de represión parece en ciertos momentos insuperable. La deserción electoral en numerosos países indica cómo la gente estima que sólo 8 horas cada cuatro años para participar en la dirección del estado constituyen limitación aberrante. En fin, la libertad política parece estar sufriendo eclipse pocas veces comparable. Lo más grave quizás sea el pragmatismo de ciertas formas totalitarias que las hace menos ásperas y desafiantes hasta llegar a hacer creer que por su carácter transitorio deben llegar a tolerarse como males necesarios. Todo ello está indicando que la ciencia política cada día es más necesaria en los países en vías de desarrollo como instrumentos para el cambio social formando los cuadros generacionales que prefiguren las estructuras que rescaten la libertad política de los numerosos enemigos que la asedian. Debe repetirse que el concepto moderno de libertad política es la participación en el gobierno y en los estamentos que lo conforman. Y que esa participación no puede reducirse al fenómeno electoral, sino que el acto del sufragio debe complementarse con nuevos canales que le permitan al individuo compartir la responsabilidad, o al menos sentirse más próximo a los centros de decisión. Sin partidos organizados, sin sindicalismo fuerte, sin universidades autónomas, sin consultas directas para aprobar leyes y reformas constitucionales, va a ser difícil devolver la fe en las instituciones democráticas, porque la diferencia entre las ideologías no radica tanto en razones teleológicas, sino en el hecho de que los gobiernos totalitarios ofrecen el cambio social sin participación, convirtiendo al ciudadano en la pieza anónima de la transformación social y económica, en tanto que la democracia persigue un cambio con libertad política y participación, dentro del cual el pueblo es actor y director al mismo tiempo. Las palabras de Cassirer adquieren nueva vigencia: "Los políticos modernos han tenido que resolver un problema que en muchos aspectos se parece a la cuadratura del

círculo. Los historiadores de la civilización humana nos han dicho que la humanidad, en su desarrollo, había tenido que atravesar dos fases diferentes. El hombre comenzó como "homo magus", pero desde la edad de la magia ha llegado a la era de las técnicas. El "homo magus" de los tiempos pasados y de la civilización primitiva se convirtió en el "homo faber", un operario y artesano. Si admitimos esta disposición histórica, nuestros mitos políticos se presentan verdaderamente como algo muy extraño y paradójico. Pues lo que encontramos en ellos es la mezcla de dos actividades que parecen excluirse mutuamente. El político moderno ha de combinar en sí dos funciones completamente diferentes e incluso incompatibles. Ha de actuar, al mismo tiempo, como "homo magus" y "homo faber". Es el sacerdote de una religión nueva completamente irracional y misteriosa".

El Seminario para Profesores de Ciencia Política organizado por la Fundación para la Nueva Democracia tuvo dos ventajas indudables. El estudio de aspectos doctrinarios de singular relieve y lo referente a la docencia y a su estímulo en Colombia precisando el alcance que ella debe adquirir en los diversos niveles académicos. Si es cierto que el país necesita la divulgación de una temática política como estudio básico de cultura general en las distintas facultades, también es cierto que el politólogo viene a jugar en nuestro tiempo papel diferente, quizás el de un nuevo generalista con conocimientos más adecuados que el sociólogo, el economista y el mismo abogado para afrontar las realidades de un mundo en constante mutación.

Cuando se partía del aspecto formal en que las leyes expresaban el orden social mas o menos estable, el papel del jurista era indiscutible. Circunscritos a un criterio de producción y de consumo el economista fue luego el supremo maestro. Pero lo cierto es que inclusive la sociología solo puede considerarse como capítulo dentro del conjunto de materias que integran la ciencia política, y entonces no sería difícil encontrar en el

político al dirigente que reclama la nueva época. Sólo una visión unitaria de la sociedad y del hombre servirían para librar a las generaciones futuras de la parcialidad dogmática de los tecnócratas. Pero además, si la libertad política la consideramos como la más importante conquista de la civilización, no basta incluirla en declaraciones de derechos o en documentos diplomáticos, sino que habrá que adaptarla a los factores mutables del orden social que se está generando y para lo cual la ciencia política representa instrumento insuperable.

La visible desproporción en el avance de los conocimientos técnicos frente a las disciplinas sociales que se observa en muchos países de América Latina, es síntoma alarmante para el futuro de las instituciones democráticas. De ahí la importancia de comprometer a las universidades en la enseñanza obligatoria de los fundamentos de la ciencia política, y también ir abriendo para las gentes nuevas el horizonte de una profesión de cuyo desarrollo en buena parte depende que el cambio social pueda operarse con la herramienta de la libertad y bajo regímenes respetuosos de la dignidad humana.

DIEGO URIBE VARGAS